

POETAS, POETISAS Y POETOS

Basilio Losada
Universitat de Barcelona

No hay lógica en el lenguaje. La verdad es que no hay lógica en nada, y cuando la hay, lleva irremisiblemente al absurdo. La lógica fue un juego que inventó Aristóteles porque aún no sabían jugar al ajedrez, que es, como la lógica, un ejercicio de inútil habilidad mental. Veamos: un violinista es alguien que toca el violín; de acuerdo, pero ¿hombre o mujer? Si una orquesta solicita *un* violinista, sabemos lo que quiere. Si solicita *una* violinista, también lo sabemos, pero, ¿y si solicita *tres* violinistas? Parece ser que la Filarmónica de Viena sólo admitiría a estos tres violinistas si fueran varones. Allí no se admiten mujeres, aunque parece ser que ahora ya sí. Vamos mejorando.

El problema deja de ser un juego supuestamente lógico cuando una de las formas - casi siempre la femenina- ha cobrado un valor insultante o despreciativo, es decir, cuando se ha degradado. Generalmente esta degradación semántica sobreviene cuando el término se refiere a una actividad que puede ser ejercida por mujeres y hombres, y afecta sólo a la versión femenina. Un caso es la palabra *poeta*. Durante siglos coexistieron poetas y poetisas, sin distingos, aunque cuantitativamente predominaran los varones. A partir del Romanticismo se equilibró esta diferencia cuantitativa y aparecieron en escena mujeres que cultivaban la poesía y se atrevían a publicar e incluso a recitar en público los resultados de su inspiración: eran *poetisas*, y a nadie ofendían, ni ellas se sentían ofendidas por el hecho de aparecer como poetisas en el anuncio del recital. Convendría investigar sobre el momento y las razones que llevaron a entender como degradante el término poetisa. Posiblemente esta degradación fue el resultado de una proliferación incontrolada de mujeres que escribían poemas insoportables, pero también proliferaron los varones que escribían poemas papaveráceos, o ridículos, o claramente idiotas. Se acuñó un término para estos poetas: *poetastro*. Y la palabra poeta no se degradó semánticamente. Ningún varón que compone versos se siente hoy insultado si le llaman poeta. El mundo de la creación lírica masculina tiene una clara diferencia en dos niveles: poetas y poetastrós. Con todo, yo he acuñado una división más precisa en cinco niveles: poetas éditos, inéditos, vergonzantes, abusivos y poetas bajo palabra de honor. Científicamente se sostiene, pero no creo que vaya a imponerse en el lenguaje de la crítica.

Pero volvamos a donde estábamos. Un poeta malo es un poetastro; una poetisa mala es una poetisa, no una poetastra. Y ahora los críticos nos encontramos con una imprecisión terminológica que tiene a veces consecuencias irritantes. Si tengo que presentar el libro de un poeta (varón) no hay problema, pero si presento el libro de una mujer que escribe poemas, me siento incómodo en este caso. Podríamos decir *el poeta* o *la poeta*, sin más, como decimos el taxista o la taxista, pero tampoco la cosa funciona. Con todo, una mujer que escribe poemas, aceptaría mejor hoy ser poeta que poetisa.

El incomodo viene de un prejuicio. Desde el Romanticismo se intentó definir un conjunto de características en la poesía de mujer. Lo pensaba, y lo dijo, Rosalía de Castro:

*Daquelas que cantan as pombas e as frores
 todos din que teñen alma de muller
 e eu que n'as canto, Virxe da Paloma,
 ¡ai!, ¿de que a terei?*

Por cierto, no creo que en todo el siglo XIX peninsular, y quizá en toda Europa, una escritora de una consciencia femenina tan madura y expresa como ¿la poeta? ¿la poetisa? gallega. Y acabo de tropezar con la misma piedra: ¿*Poetisa* Rosalía de Castro? ¿Esa voz femenina airada, lúcida, en defensa de la mujer? ¿Esa mujer que inventa un término preciso, *los tristes*, para aludir a los que soportan *la jauría maldita de los triunfadores*, y los tristes son, para Rosalía, especialmente las mujeres? Siempre me ha asombrado la ausencia de Rosalía cuando cae en mis manos una nómina elaboradas desde perspectivas feministas en la que constan ¿poetas? ¿poetisas? de clara y combativa consciencia de mujer. La ausencia de Rosalía, la más lúcida e intensa voz de mujer de toda la poesía peninsular.

Hago una propuesta: si el término *poetisa* no nos sirve (yo nunca llamaré poetisa a Rosalía) y la de *poeta* nos resulta confusa, equívoca, cuando se refiere a una mujer, intentemos reordenar nuestro lenguaje con lógica y llamemos *poetos* a los varones que componen poesía y *poetas* a las mujeres que cultivan este vicio solitario de la poesía, vicio no pecaminoso pero que a veces sentimos como inconfesable tanto hombres como mujeres.

Y veo ahora que olvidaba algo: existe la voz *poetiso*, término despectivo que se aplica, por su relación con *poetisa*, al varón que compone poemas a partir de una serie de temas acotados como femeninos. Pero, ¿hay temas femeninos? Decididamente el lenguaje no tiene lógica. A partir de esta comprobación se impone leer a Rosalía y empaparnos de lucidez y de espíritu de denuncia.